

Las fronteras de la clínica en el ejercicio del psicoanálisis en línea ¿Más allá de las distancias, lo posible y lo imposible?¹

Daniel Castillo Soto²

Resumen

Los ritmos de vida contemporáneos y la interacción constante con la tecnología habían favorecido el surgimiento de nuevos recursos para el trabajo psicoanalítico a distancia. Sin embargo, la pandemia ocasionada por el Covid-19 obligó a acelerar la velocidad de algunos cambios: recursos utilizados para enseñanza o casos excepcionales, repentinamente se masifican ante las restricciones en el contacto físico. Esto lleva a pensar la clínica y sus fronteras, partiendo de una configuración distinta del campo analítico, quedando condicionadas las comunicaciones por vías que no abarcan todas las formas de lo presencial, debiendo considerarse nuevos criterios y limitaciones para esta modalidad de trabajo, que podría representar una situación analítica diferente, marcada en muchos casos por lo transcultural y las migraciones de pacientes y analistas.

¹ Trabajo presentado en el marco del Congreso OCAL 2020; ganador 1er premio OCAL - IPSO.

² Analista en formación del Instituto Uruguayo de Postgrado en Psicoanálisis. IUPP (APU). Miembro de OCAL e IPSO.

Volveremos a encontrarnos, donde la brisa es brisa, donde el canto es canto y las palabras se escriben en papel. Donde las miradas se cruzan, y los abrazos se encuentran, sin las distancias de un adiós...

Introducción

Para iniciar mi exposición, debo mencionar que en el momento en el que me planteé escribir originalmente este trabajo, a comienzos de 2020, no imaginé la vigencia y masificación tan abrupta y necesaria que podría llegar a alcanzar el ejercicio del psicoanálisis en línea en nuestro contexto. Repentinamente y trascendiendo las fronteras de lo imaginable, en marzo pasado nos sorprende una pandemia que, aunque ha sido manejada de un modo distinto en cada uno de nuestros países, ha tenido el factor común del distanciamiento físico y con ello la urgente reinención y readaptación de lo cotidiano, incluyendo las formas de comunicación humana, desde lo más privado hasta lo institucional; desde lo familiar hasta lo corporativo.

Es así como en cuestión de pocas semanas, de pronto pasamos a tener análisis y supervisiones a distancia, seminarios por plataformas virtuales, teletrabajo, reuniones científicas de organizaciones psicoanalíticas por video llamadas y múltiples cambios inesperados que han sido pensados sobre la marcha, con la finalidad de poder sostener una continuidad que permitiera seguir funcionando, encontrándonos y pensando(nos), a pesar de la no presencialidad. Dicha situación ha tocado directamente el mundo psicoanalítico y ha obligado a confrontar restricciones y resistencias tanto personales como institucionales, a una velocidad que no se hubiese imaginado ni en el más optimista de los sueños de un psicoanalista de vanguardia de estos tiempos.

Hemos presenciado la caída de muros y prejuicios: a nivel privado, analista y paciente han tenido que comenzar a encontrarse en una modalidad nueva, distinta al consultorio, y se han tenido que acoplar rápidamente a un espacio sobre el cual podrían tenerse algunas reservas más o menos marcadas, dependiendo de cada caso, y que incluso algunos hubieran preferido no elegir; no obstante este modo de trabajo ha surgido como una alternativa para continuar tratamientos que de otro modo se habrían tenido que suspender por varios meses, sin saber cuándo podrían retomarse. A nivel institucional, exigencias de viaje para análisis conden-

sado, así como la obligatoriedad de las supervisiones y seminarios presenciales que sostenían firmemente algunos institutos, como consecuencia de instrucciones de la IPA, desaparecen de manera inmediata, cuando antes se negaba tal posibilidad aún en casos de justificada necesidad. El mismo hecho del formato del Congreso FEPAL que se vio obligado también a cambiar a una modalidad virtual; atrás quedaron los viajes, gastos de hotel, comida y turismo que nos permitíamos para reencontrarnos en un evento con la calidez y cercanía del encuentro entre colegas. Nuevas formas de relación y comunicación, tal vez distintas, pero no menos válidas que la presencial.

Este contexto nos lleva a considerar un psicoanálisis novedoso, pero no exento de criterios y un encuadre con características propias, pero siempre necesario para posibilitar su funcionamiento, y nos conduce a pensar de forma casi obligatoria sobre algo que ya se venía implementando: el ejercicio psicoanalítico a distancia y en línea, con sus variantes, posibilidades, limitaciones y particularidades.

Pensando la clínica: Campo y fronteras

La noción de un campo dinámico bipersonal introducida por Willy y Madelaine Baranger a inicios de la década de 1960, en medio de un psicoanálisis rioplatense de notoria influencia kleiniana, marcaría un hito novedoso en la teorización de la época y tomaría en cuenta tanto los fenómenos observados por ellos en su trabajo previo con grupos, como las producciones de años anteriores sobre la contratransferencia. El planteamiento sería el de un contexto propio, dado por la misma situación analítica, que implicaría a analista y analizado en una relación de dos personas ligadas y complementarias, que no pueden concebirse uno sin el otro, así como el encuentro alrededor de una fantasía inconsciente compartida; es un campo de la pareja donde esta producción no pertenece al analizado sino a ambos y ante la cual la tarea no sería únicamente tomar registro de la misma, sino entenderla como algo que surge de la interacción en la sesión.

Esta fantasía tendría que ser permitida y reconocida por el analista, aunque manteniendo cierta distancia, en una especie de desdoblamiento que le diera una segunda mirada de sí mismo y del analizado (es decir, del campo). Al tener en cuenta esta fantasía, intervendría sobre el punto de urgencia principal o secundario, desde un lugar inconsciente, mediante un juego de identificaciones proyectivas e introyectivas, dadas dentro de

un ambiente propio en el que inciden factores importantes tales como la espacialidad, la temporalidad, lo funcional, un carácter siempre triangular (por la presencia del tercero ausente) y una ambigüedad esencial sin la cual no existiría el análisis (Baranger y Baranger, 1961-62; Etchegoyen, 2014). Así como la estructura temporal, por ejemplo, vendría dada por la duración y frecuencia convenida de las sesiones, al momento de pensar el campo dinámico la estructura espacial se definía por el lugar donde acontecían las sesiones, es decir, el consultorio del analista, con todas las variantes y modificaciones que el mismo pudiera sufrir incidiendo sobre el mismo campo (incluso la forma: como estaba dispuesto el recinto, eventuales mudanzas y otros cambios). Era un psicoanálisis concebido para el trabajo presencial teórica y técnicamente; por su época, además, era el único posible.

Más allá de algunas críticas que señalan a esta conceptualización como simétrica, pese a que los autores defienden el carácter asimétrico del campo (ya que el analista se involucra de un modo distinto que el analizado), este aporte latinoamericano es de gran importancia en el entendimiento del interjuego transferencial-contratransferencial de una sesión. El análisis, es pues, una situación de dos personas, en la cual siempre están presentes terceros ausentes y lo que surge en la sesión es creación tanto del paciente como del analista. Ahora bien, la apertura a nuevas formas de trabajo, más allá de la sesión convencional en el consultorio, lleva a cuestionarnos si es posible experimentar el mismo fenómeno de campo pese a la ausencia de los cuerpos en el mismo espacio físico y con una configuración muy distinta de la estructura espacial. Y ¿por qué no sería posible aún con sus variaciones? A fin de cuentas, el análisis transcurre en el intercambio entre analista y analizado, no estrictamente en el consultorio, aunque este sea un ambiente que facilite el diálogo analítico.

En una sesión en línea, analista y analizado se encuentran, se saludan y trabajan desde ubicaciones geográficas diferentes. El *setting* se enmarca en dimensiones distintas, pero no deja de ser fundamental para poder sostener la labor analítica. Se cruzan las fronteras de la distancia, sin embargo nos encontramos con otras barreras propias de esta modalidad de trabajo, como la ausencia del registro corporal, menor disponibilidad de material no verbal y una imagen parcial en el mejor de los casos, ya que aun utilizando la cámara podemos ver solo hasta el torso del otro; en algunas oportunidades se presentan dificultades de conectividad o problemas por parte de nuestro interlocutor para conseguir lugares y momentos con la suficiente privacidad para adentrarse en su mundo interno. Estas son vicisitudes

que se derivan de la ausencia del espacio común dado por el consultorio. Otras fronteras quizás estén dadas por la forma como pueden establecerse la transferencia, la contratransferencia y las resistencias en esta modalidad de trabajo, ¿tendrán maneras distintas al tratarse de una situación analítica diferente?

Algunos criterios y limitaciones

Tiempo atrás perdieron estricta vigencia las restricciones que establecía Freud (1904), cuando planteaba los criterios de analizabilidad en su escrito *El Método Psicoanalítico de Freud*. Los desarrollos propios del psicoanálisis moderno, a mediados del siglo pasado, permitieron adentrarse en el terreno del tratamiento psicoanalítico de las psicosis, los trastornos narcisistas y posibilitaron la emergencia y desarrollo de las psicoterapias psicoanalíticas para abordar casos que no hubiese sido posible afrontar desde el psicoanálisis clásico, tal vez por limitaciones económicas, de tiempo, por la necesidad de brindar atención en contextos hospitalarios o por factores propios del paciente que no le hacían candidato para un análisis en diván de cuatro o cinco veces por semana. Con pandemia o sin ella, la necesidad de encarar este tipo de tratamientos a distancia también supone variantes en los criterios que debemos manejar para trabajar psicoanalíticamente, tomando en cuenta los límites necesarios para no caer en un proceder omnipotente de nuestra parte.

Privacidad y una adecuada conectividad que permita ver, pero sobre todo escuchar nítidamente al analizado, son aspectos muy importantes a considerar. El trabajo a distancia, con una configuración diferente de la estructura espacial, hace necesario incluir estos elementos como parte del encuadre; incluso enunciarlos al momento de iniciar el tratamiento con algún paciente que hasta el momento no conocemos. En el consultorio sería obvio que ofrecemos un espacio con las condiciones adecuadas para poder trabajar, pero a distancia, nos toca ayudar a construir una situación propicia. Así mismo, la presencia o ausencia de la cámara en la llamada puede ser relativa: si el paciente trabaja frente a frente en modalidad presencial, suele mantenerse esa misma forma durante la videollamada. Sin embargo, tener la sesión sólo con voz, sin hacer uso del video, no tendría que ser un impedimento, más bien podría fomentar una mayor asociación, tal como si el paciente estuviera en el diván desde donde no ve al analista. Algunos colegas acusan mayor cansancio por atender a través de dispositi-

vos electrónicos, lo que tal vez tenga que ver con sostener la mirada en la pantalla, o verse a sí mismo en la cámara-espejo que arroja el dispositivo de videollamada. Esta forma de trabajo, además favorecería el proceso de identificación y la simetría (Lander, 2020) y poca soltura y espontaneidad de parte del paciente cuando se está iniciando el trabajo, por lo que hay analistas que prefieren trabajar solamente con el uso del audio.

El psicoanálisis a distancia fue en sus orígenes epistolar y en los tiempos más actuales comenzó siendo por teléfono. He notado como práctica común entre analistas, que cuando el análisis transcurría en diván solía iniciarse la llamada con cámara y luego trabajar únicamente con audio, buscando de ese modo combinar la presencia y la libre asociación. Tal vez se trate de un artificio, así como el diván mismo, que facilite las condiciones de trabajo, pero muchas veces esta elección queda sujeta a preferencias de la pareja analítica. Algunos pacientes trabajan de un modo más espontáneo de manera presencial y les cuesta adaptarse a un cambio temporal de modalidad a distancia, pero ¿cuántas veces no son propias estas resistencias y se las transmitimos a los analizados? ¿Cuántas veces no obedece también a nuestra predilección por lo presencial o a nuestra propia desconfianza sobre el trabajo por medios virtuales? ¿Genera incomodidad dejar de ser analistas en el consultorio y serlo por internet?

Deben considerarse los casos cuando el tratamiento a distancia estaría contraindicado o simplemente no funcionaría de manera efectiva. Por ejemplo, pacientes descompensados que atraviesan cuadros depresivos graves o en episodios psicóticos agudos, tendrían que ser atendidos presencialmente. Estos casos requieren la asistencia cercana del psiquiatra, antes de poder ser atendidos *online*. De tratarse de una estructura psicótica, aunque esté estabilizada, sería también más complicado el trabajo con estos pacientes y quizás en el caso de algunos otros pacientes con patologías narcisistas, tampoco el trabajo por vía remota sea el medio acorde para su tratamiento, recordando que tal vez sea mejor que no ofrecer atención, pero que en ocasiones es necesario un sostén adicional y que, ante individuos con alteraciones graves, este método puede ser poco continente. Sin embargo, este sostén adicional podría ofrecerse con un mayor número de sesiones semanales, acompañamiento familiar próximo, o por el enlace con un psiquiatra de requerirse medicación.

Ricardo Carlino, autor del libro *Psicoanálisis a Distancia* menciona que en principio sólo vislumbra posible esta modalidad para neuróticos adultos y algunos adolescentes. Agrega dentro de las contraindicaciones el trabajo con niños, sujetos que amenazan con matarse (por la necesi-

dad de contención presencial y posible internación) y ha referido expresamente que no atendería a un paciente psicopático por esta vía –teniendo en cuenta la posibilidad que puedan ser grabadas las sesiones con fines malintencionados– resaltando que, en condiciones de desconfianza e inseguridad, lo único necesario y posible de analizar es este ambiente poco propicio para el análisis (Carlino, 2010, 2020). Una posición similar ha sostenido Lutenberg (2014) al hacer referencia exclusiva al tratamiento psicoanalítico telefónico, el cual ha considerado experimental y ante el que prefiere realizar al menos tres entrevistas presenciales al inicio. Entre las contraindicaciones, además de las mencionadas, agrega cuadros severos de adicciones y destaca que, en casos de pacientes psicosomáticos, es importante contar con un clínico en el lugar de residencia, así como cuando hay necesidad de apoyo farmacológico, citando el caso de estructuras limítrofes y las descompensaciones propias del vacío mental. Podríamos pensar que este tipo de tratamientos a distancia requiere cierta fortaleza yoica y una estructuración psíquica que no todos alcanzan a tener.

Un psicoanálisis transcultural

Una de las particularidades del análisis a distancia es que cada vez con más frecuencia es transcultural. A esto se le suma que, a excepción de la situación de pandemia que ha limitado la vida y el contacto humano a como estábamos acostumbrados, casi siempre el recurso a distancia se ha utilizado porque uno de los dos integrantes de la pareja analítica no puede estar de cuerpo presente en el consultorio donde habitualmente se reuniría la dupla y los motivos casi siempre remiten a traslados y migraciones, a veces del analizado, a veces del analista y, en ocasiones, de ambos.

“Partir es morir un poco, es morir a lo que uno ama” ha dicho el poeta (Haraucourt, 1891). Ciertamente migrar es algo más que el mero hecho de trasladarse de un sitio a otro, o de cambiar el lugar donde vivir, ya que quien lo hace se expone a un fenómeno extremadamente complejo que pone en juego parte del equilibrio emocional (Nicolussi, 1996). En palabras de Carlisky y Kijak (1993), la migración es un fenómeno de tal envergadura que genera modificaciones transitorias o permanentes en el psiquismo. Sean cuales fueren las causas de estas decisiones, el psicoanálisis en línea permite trascender fronteras y continuar tratamientos que en otros momentos hubieran estado destinados a quedar interrumpidos, o en el mejor de los casos, expuestos a una terminación prematura. Actualmente

es posible que un analista nacido en el Río de la Plata, que haya vivido gran parte de su vida en otro país latinoamericano, pero que recientemente haya emigrado a Norteamérica, pueda atender con alta frecuencia a un analizado nacido en otro país diferente y que resida en Europa, aunque no se hubiesen conocido antes en persona. Entran en juego factores transculturales, acentos distintos, algunas expresiones de uso común y otras diferentes, pero son fronteras posibles de sobrepasar, si se toman en cuenta los efectos que pueden generarse en el campo, se tienen presentes y se trabajan como otro elemento más del análisis, como lo es la misma conexión vía internet.

Modos diferentes de manifestarse la transferencia, la contratransferencia y las resistencias en una situación tal vez distinta a lo habitual, pero igualmente facilitadora de un proceso analítico. En su momento, se estudiaron los efectos de las migraciones y el exilio (Grinberg y Grinberg, 1984) y también se ha considerado como un factor que incide en el campo, el hecho que, por ejemplo, analista y paciente se encuentren y trabajen de modo presencial, siendo en ambos casos migrantes o hijos de inmigrantes, incluso pertenecientes a la misma comunidad cultural-religiosa; podría decirse: “huellas provenientes de padres y ancestros, entrando en resonancia” (Carlisky y Kijak, 1993). Es posible que con los avances tecnológicos debamos mirar más allá de nuestro proceder más tradicional, teniendo en cuenta la posibilidad de encontrarnos con otros, distintos y semejantes a la vez, como lo ha hecho el psicoanálisis desde sus orígenes, pero esta vez considerando el mismo factor de las sesiones a distancia y una mayor diversidad transcultural. Tal vez instituirlo como parte de la práctica cotidiana demande tiempo, pero sobre todo apertura y un cambio de actitud en todos como psicoanalistas.

Referencias bibliográficas

- BARANGER, M. y BARANGER, W. (1961-62). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 3-54.
- CARLINO, R. (2010). *Psicoanálisis a distancia*. Buenos Aires: Lumen.
- CARLINO, R. [Sociedad Psicoanalítica de Caracas]. (15 de Julio de 2020). Entrevista al Dr. Carlino por la Dra. Shrem [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=Ba5SLaPvmsY&t=5796s>
- CARLISKY, N. y KIJAK, M. (1993). Efectos de la migración sobre la mente del analista. *Revista de Psicoanálisis*, 50(45), 827-837.
- ETCHEGOYEN, H. (2014). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica* (3era Ed.) Buenos Aires: Amorrortu.

- FREUD, S. (1904). El método psicoanalítico de Freud. *Obras Completas*. Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- GRINBERG, L. y GRINBERG, R. (1984). *Psicoanálisis de la migración y el exilio*. Madrid: Alianza Editorial.
- HARAUCOURT, E. (1891). Rondel de l'adieu. En *Seul*. Paris: Bibliothèque-Charpentier.
- LANDER, R. [Sociedad Psicoanalítica de Caracas]. (23 de mayo de 2020). Primer conversatorio virtual en tiempos de coronavirus [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=BsWZfPaNfp8&t=4139s>
- LUTENBERG, J. (2014). *Tratamiento psicoanalítico telefónico*. Lima: Cauces Editores.
- NICOLUSSI, F. (1996). Reflexiones psicoanalíticas sobre la migración. *Revista de Psicoanálisis*, 53(1), 323-340.